>> CAPÍTULO 10

HIJOS ESCOGIDOS

Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.

—MATEO 23.26 NTV

La confesión de las obras de maldad es el principio de las buenas obras.

—AGUSTÍN

El fuego del pecado es intenso, pero es apagado por una pequeña cantidad de lágrimas, porque la lágrima apaga un horno de faltas, y limpia de pecado a nuestras heridas.

—JUAN CRISÓSTOMO

Un hombre que confiesa sus pecados en la presencia de un hermano sabe que ya no está solo consigo mismo; experimenta la presencia de Dios en la realidad de la otra persona.

—DIETRICH BONHOEFFER

>>>> SOMOS AMADOS POR NUESTRO CREADOR NO PORQUE INTENTEMOS AGRADARLE Y LO CONSIGAMOS, O PORQUE FALLEMOS EN HACERLO Y LE PIDAMOS PERDÓN, SINO PORQUE ÉL DESEA SER NUESTRO PADRE.

Entre 1854 y 1929 aproximadamente doscientos mil huérfanos y niños abandonados en ciudades del Este fueron colocados en trenes con rumbo al Oeste y enviados a través de los Estados Unidos en busca de hogares y familias. Muchos de los niños habían perdido a sus padres en las epidemias. Otros eran hijos de inmigrantes desafortunados. Algunos resultaron huérfanos por la Guerra Civil, y otros más debido al alcohol.

Pero todos necesitaban hogares. Cargados en trenes en grupos de treinta a cuarenta, se detenían en áreas rurales para ser exhibidos. Los alineaban en la plataforma como ganado en subasta. Padres potenciales hacían preguntas, evaluaban la salud, examinaban la dentadura. Si los escogían, los niños iban a sus hogares. Si no, retornaban al tren.

El tren de los huérfanos.

Lee Nailling recuerda la experiencia. Había estado viviendo durante dos años en el orfanato del condado Jefferson cuando, a sus ocho años de edad, fue llevado junto con sus dos hermanos menores a una estación ferroviaria en la Ciudad de Nueva York. El día anterior su padre biológico le había entregado un sobre rosado con su nombre y su dirección, y le había dicho que le escribiera tan pronto como llegara a su destino. El muchacho colocó el sobre dentro del bolsillo de su abrigo. El tren enrumbó hacia Texas. Lee y sus hermanos se quedaron dormidos. Cuando el chico despertó, el sobre rosado había desaparecido.

Nunca lo volvió a ver.

Lo que me habría gustado contar es que el padre de Lee localizó al muchacho. Que, renuente a pasar un segundo más sin sus hijos, vendió todas sus posesiones para poder reunir a su familia. Me encantaría describir el momento en que Lee hubiera oído decir a su papá: «Hijo, ¡soy yo! Vine por ti». Sin embargo, la biografía de Lee Nailling no contiene tal suceso.

Pero sí la tuya.

> [Dios] nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad. (Efesios 1.4–5)

Hay algo en nosotros que al Señor le agrada. Algo que él no solo aprecia o aprueba sino que ama. Hace que los ojos de Dios se le dilaten y que el corazón le palpite más rápido. Él nos ama. Y nos acepta.

¿No anhelamos saber esto? Jacob sí. El Antiguo Testamento relata la historia de este ser astuto, escurridizo y travieso que no dudó en engañar a su padre para provecho propio. Pasó sus primeros años coleccionando esposas, dinero y ganado del modo en que algunos hombres coleccionan hoy día esposas, dinero y ganado. Pero Jacob comenzó a inquietarse. En su mediana edad tuvo un dolor en el corazón que ni caravanas ni concubinas podían aliviar, así que cargó a su familia y emprendió viaje hacia su tierra natal.

Se hallaba a corta distancia de la tierra prometida cuando armó una tienda cerca del río Jaboc y le dijo a su familia que siguiera adelante sin él. Debía estar solo. ¿Con sus temores? Quizás para armarse de valor. ¿Con sus pensamientos? Descansar un poco de los niños y de los camellos no le vendría mal. No se nos dice por qué fue al río. Pero sí se nos dice que «un hombre luchó con él hasta el amanecer» (Génesis 32.24).

Este era un Hombre con *H* mayúscula, porque no era un individuo común y corriente. Salió de la oscuridad y se abalanzó sobre Jacob. Los dos pelearon toda la noche, tambaleándose y cayendo en el barro de Jaboc. Hubo un momento en que pareció que Jacob vencería, pero el Hombre decidió resolver el asunto de una vez por todas. Con un hábil golpe a la cadera dejó al hebreo retorciéndose como un torero corneado. La sacudida le aclaró la visión, y Jacob comprendió: *Me estoy metiendo con Dios*. Se aferró del Hombre y lo agarró como si la vida dependiera de ello. Entonces le dijo, resuelto: «¡No te soltaré hasta que me bendigas!» (v. 26).

¿Qué vamos a hacer con todo esto? Dios en el barro. Una confrontación con mucha hostilidad. Jacob aferrándose del ángel, luego cojeando. Esto parece más trifulca de contrabandistas que una historia bíblica. Extraño. ¿Pero la solicitud de bendición? Percibo esta parte. Traducido a nuestro lenguaje, Jacob estaba preguntando: «Dios, ¿te importo?»

Yo haría la misma pregunta. Si tuviera un encuentro cara a cara con el Hombre como lo tuvo Jacob, me aventuraría a preguntar: «¿Sabes quién soy? En el gran esquema de las cosas, ¿cuento para algo?»

Muchos mensajes nos dicen que no. Nos despiden del trabajo y nos rechazan en el colegio. Todo, desde el acné hasta el Alzheimer, nos deja sintiéndonos como la chica sin acompañante en la fiesta de graduación.

Reaccionamos. Validamos nuestra existencia con intensa actividad. Hacemos más, compramos más, logramos más. Igual que Jacob, peleamos. Supongo que todas nuestras luchas solo significan que hacemos esta pregunta: «¿Importo algo?»

Creo que solo por gracia, la respuesta de Dios es definitiva: «Sé bendito, hijo mío. Te acepto. Te he adoptado en el seno de mi familia».

Los hijos adoptados son hijos escogidos.

Ese no es el caso de los hijos biológicos. Cuando el médico puso a Max Lucado en manos de Jack Lucado, mi papá no tenía opción de marcharse. Ninguna escapatoria. Ninguna alternativa. No podía devolverme al médico y pedir un hijo más guapo o más inteligente. El hospital hizo que él me llevara a casa.

Pero si tú fueras adoptado, tus padres te escogerían. Ocurren embarazos inesperados. ¿Pero adopciones inesperadas? Nunca oí de alguna. En un caso de adopción, los padres pudieron haber elegido distinto género, color o ascendencia. Pero te seleccionaron a ti. Te quisieron en su familia.

Tú objetas. «Ah, pero si hubieran visto el resto de mi vida, podrían haber cambiado de opinión». Ese es, exactamente, mi punto.

Dios vio todas nuestras vidas de principio a fin. Desde el parto hasta el coche fúnebre, y a pesar de lo que vio, aún estaba convencido de adoptarnos como «hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Efesios 1.5).

Ahora podemos vivir como hijos que hemos «recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!... Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Romanos 8.15, 17).

En realidad es así de sencillo.

Aceptar la gracia de Dios es aceptarle la oferta de ser adoptados dentro de su familia.

La identidad que tú tienes no está en tus posesiones, talentos, tatuajes, laureles o logros. No la definen tu divorcio, tus deficiencias, tus deudas o tus decisiones absurdas. Tú eres hijo de Dios. Lo llamas «Papá». «En él, mediante la fe, disfrutamos de libertad y confianza para acercarnos a Dios» (Efesios 3.12 NVI). Recibimos las bendiciones del amor especial del Señor (1 Juan 4.9–11), y su provisión (Lucas 11.11–13). Además, heredaremos las riquezas de Cristo y reinaremos para siempre con él (Romanos 8.17).

La adopción es tanto horizontal como vertical. Somos incluidos en la familia eterna. Además, los muros divisorios de hostilidad se han derrumbado, y se

ha creado comunidad en la base de un Padre común. ¡Familia en todo el mundo y al instante!

En vez de evocar razones para sentirnos bien con nosotros mismos, confiemos en el veredicto de Dios. Si él nos ama, debemos ser dignos de ser amados. Si nos quiere en su reino, entonces vale la pena ser tenidos en cuenta. La gracia del Señor nos invita, no nos *exige*, a cambiar nuestras actitudes acerca de nosotros mismos y a tomar partido con Dios en contra de nuestros sentimientos de rechazo.

Hace muchos años viajé a casa de mi madre en el oeste de Texas para ver a mi tío. Él había viajado desde California para visitar la tumba de mi padre, pues no había podido ir al funeral algunos meses antes.

Tío Billy me recordó a mi padre. Ambos eran muy parecidos: corpulentos y de tez rojiza. Reímos, platicamos y recordamos. Cuando llegó el momento de mi partida, mi tío me acompañó hasta el auto. Hicimos una pausa para despedirnos. Se me acercó, me puso la mano en el hombro, y me dijo: «Max, quiero que sepas que tu padre estaba muy orgulloso de ti».

Contuve la emoción hasta que partí. Entonces comencé a llorar a lágrima viva como un niño de seis años de edad.

Nunca superamos nuestra necesidad del amor de un padre. Estamos ansiosos de recibirlo. ¿Podría yo encarnar el papel de un tío Billy en tu vida? La mano en tu hombro es la mía. Las palabras que te brindo son las de Dios. Recíbelas lentamente. No las filtres, no las resistas, no les restes importancia ni las desvíes. Solo recíbelas.

> HIJO MÍO, TE QUIERO EN MI NUEVO REINO.
> HE DISIPADO TUS OFENSAS COMO A LAS NUBES
> MATUTINAS, TUS PECADOS COMO A LA BRUMA DE
> LA MAÑANA. TE HE REDIMIDO. LA TRANSACCIÓN
> ESTÁ SELLADA: EL ASUNTO ESTÁ RESUELTO. YO, DIOS,
> HE TOMADO MI DECISIÓN. TE ESCOJO PARA QUE
> SEAS ETERNAMENTE PARTE DE MI FAMILIA.

Deja que estas palabras consoliden en tu corazón una confianza profunda, satisfactoria y tranquilizadora en que Dios nunca te abandonará. Tú le perteneces.

Lee Nailling experimentó tal seguridad. ¿Recuerda al huérfano de ocho años que perdió la carta de su padre? La situación empeoró en vez de mejorar. A él y a sus dos hermanos los llevaron a varias poblaciones. El sexto

día alguien en un pueblito de Texas adoptó a uno de sus hermanos. Luego, una familia seleccionó a Lee y a su otro hermano. Pronto enviaron a Lee a otro hogar, el de una familia campesina. Él nunca había estado en una granja. Siendo muchacho de ciudad no sabía ni cómo abrir las puertas de las jaulas de los pollitos. Cuando lo hizo, el enojado granjero lo despidió.

En una sucesión de tristes acontecimientos, Lee perdió a su padre, viajó en tren desde Nueva York hasta Texas, lo separaron de sus dos hermanos, y lo expulsaron de dos hogares. Su corazoncito estaba a punto de reventar. Finalmente, lo llevaron al hogar de un hombre alto y una mujer pequeña y rechoncha. Lee no dijo nada durante su primera comida. Fue a dormir haciendo planes para escapar. A la mañana siguiente lo sentaron ante un desayuno de panecillos con salsa de carne. Cuando alargó la mano para tomar uno... bueno, dejemos que él cuente lo que sucedió.

> La señora Nailling me detuvo. «No hasta que bendigamos los alimentos» me dijo. Observé como inclinaron sus cabezas y la señora Nailling comenzó a hablar en voz baja al «Padre nuestro», agradeciéndole por la comida y el hermoso día. Yo conocía lo suficiente acerca de Dios para saber que el «Padre nuestro» de ella era el mismo que se hallaba en la oración del «Padre nuestro que estás en los cielos» que predicadores visitantes nos habían recitado en el orfanato. Pero no podía entender por qué ella le estaba hablando como si él estuviera sentado aquí con nosotros esperando su parte de panecillos. Comencé a retorcerme en la silla.
>
> Luego, la señora Nailling agradeció a Dios «por el privilegio de criar un hijo». Me quedé mirando cuando ella comenzó a sonreír. Me estaba llamando un privilegio. Y el señor Nailling debió haber coincidido con ella, porque también comenzó a sonreír. Por primera vez desde que abordé el tren empecé a relajarme. Una extraña y cálida sensación comenzó a llenar mi soledad y miré la silla vacía a mi lado. Quizás, de alguna manera misteriosa, el «Padre nuestro» estaba sentado allí y escuchaba las palabras en voz baja que se expresaron a continuación: «Ayúdanos a tomar las decisiones correctas cuando lo guiemos, y ayúdale también al chico a tomar las decisiones correctas».
>
> «Manos a la obra, hijo». La voz del hombre me sobresaltó. Ni siquiera había notado el «amén». Mi mente se había detenido en la parte de las «decisiones». Pensé en eso mientras llenaba mi plato. Odio, ira y planes de escaparme parecían haber sido mis únicas

decisiones, pero quizás habría otras. Este señor Nailling no parecía tan malo y esto de tener un «Padre nuestro» con quien hablar me sacudió un poco. Comí en silencio.

Después del desayuno, mientras íbamos camino a la peluquería para un corte de cabello, nos detuvimos en cada una de las casas que encontramos en el camino. Y en cada una, los Nailling me presentaban como «nuestro nuevo hijo». Cuando salimos de la última casa supe que a la madrugada del día siguiente no habría huida. Ellos tenían algo acogedor que no había conocido antes. Al menos podía escoger intentarlo.

Y había algo más. Aunque no sabía dónde estaba papá, o cómo podría escribirle, tuve la fuerte sensación de que había hallado no uno sino dos padres, y que les podía hablar a los dos. Y así es como resultó ser.[1]

Vivir como hijos de Dios es saber en el instante mismo que somos amados por nuestro Creador no porque intentemos agradarle y lo consigamos, o porque fallemos en hacerlo y le pidamos perdón, sino porque él desea ser nuestro Padre. Por nada más. Todos nuestros esfuerzos por ganar su afecto son innecesarios. Todos nuestros temores de perder su afecto son superfluos. No podemos hacer que Él nos quiera más de lo que podemos convencerlo que nos abandone. La adopción es irreversible. Tenemos un lugar en la mesa del Señor.